

CARTA DE NUEVA ZELANDA JOSÉ LUIS DE VILALLONGA

Algo sobre Óscar Tusquets

Querida Charmion: a vuelta de correo te envío un libro singular que te encarezco que leas detenidamente. Es un libro que debería llevar por título "Elogio del sentido común", pero que, enigmáticamente, se llama "Dios lo ve". Es la última obra del arquitecto Óscar Tusquets, al que conocí hace poco en el barco de unos amigos pero del que oigo hablar a unos y a otros desde hace muchos años.

"Dios lo ve" trata de temas muy diversos pero que tienen todos un denominador común: el arte y el modo de interpretarlo. Tusquets habla en su libro, con esa apasionada y elegante ironía al uso entre los que vuelan un poco más alto que los demás, de pintura y de cine, de arquitectura y de teatro, de música y de jardines y de muchas cosas más. Tusquets, que juega con la modestia como un gato con un ovillo, califica sus reflexiones en el índice del libro simplemente como "algo". Algo de Land Art, algo de Mística y de Realismo, algo de Toreo. Quiero creer que por pura casualidad el libro se abre entre mis manos en la página 185 y veo que el tema está dedicado "a Victoria Roqué, que me ayuda a entender la muerte". Ojeo rápidamente el texto para ver si merece una dedicación inmediata y caigo sobre el dictamen más exacto que se haya hecho nunca sobre el toro de Curro Romero. "Tiene la rara habilidad—escribe Tusquets— de resolver con gracia, con economía de medios y aparente poco esfuerzo un problema intrincado." Un problema, añade el arquitecto y con él todos los admiradores del Faraón de Camas, que no siempre consigue solventar. Vuelvo curioso al inicio del capítulo y descubro que el escritor relaciona valientemente el toreo, una de mis encendidas pasiones, con otras dos cuestiones que, como él mismo dice, "se suelen discutir de forma muy grosera". Una es el aborto y la otra la eutanasia. La justificación de Tusquets me parece diáfana. Ha llegado a la conclusión de que la intolerancia con la que se tratan estas cuestiones "se debe a que



están relacionadas con un tema tabú en la cultura occidental contemporánea: la muerte".

Las digresiones de Tusquets sobre este asunto no se pueden resumir aquí en unas pocas líneas. En lo que atañe al aborto y a la eutanasia, el arquitecto empieza por juzgar inquietante la posición de la Iglesia católica. "Lo que me escandaliza—escribe— es que un organismo creado para contribuir a la salvación de nuestras almas se dedique a exigir de las autoridades civiles ejemplares castigos para los desgraciados pecadores." Le asombra también al escritor que muchos progresistas que rechazan radicalmente la prohibición del aborto y la eutanasia reclamen la inmediata prohibición del Toreo.

Es evidente que a Tusquets, como a mí, uno de los términos que más nos gustaría ver desaparecer de los diccionarios es la palabra

"prohibir". En una de las muchas cosas en las que estuve de acuerdo con los jóvenes revolucionarios que estuvieron a punto de destronar a De Gaulle, hoy la mayoría de ellos altos directivos de empresas, fue el entusiasmo que pusieron en anunciar en todas las fachadas de París que "Está prohibido prohibir". "Pero vaya por delante—escribe el arquitecto— que en los tres casos—aborto, eutanasia y toreo— el recurso de prohibir me parece groseramente radical." Los razonamientos de Tusquets sobre tan peliagudo tema no merecen ser reducidos aquí a unas pocas líneas.

En lo que no estoy del todo de acuerdo con el arquitecto es en su interpretación o, mejor dicho, en su "parti-pris" acerca de los inexplicables y maravillosos dibujos descubiertos en las desérticas tierras de Palpa, Perú, a 400 kilómetros al sur de Lima y a unos 50 del océano Pacífico. Unos surcos absolutamente rectilíneos que se extienden durante centenares de metros a ambos lados de la carretera Panamericana Sur y que han permanecido ocultos a las miradas humanas durante siglos. Algunos arqueólogos, aunque sin poder probarlo, sostienen que los dibujos de Nazca constituyen el atlas astronómico más grande del mundo. Sin ninguna

prueba convincente que apoye ninguna de las demás teorías emitidas por los científicos, muchos han aceptado por verosímil que el Cóndor, el Perro, el Tiburón y el Pelicano sean de origen estrictamente religioso. Pero lo que nunca nadie ha negado hasta ahora es que los dibujos sólo se pueden ver íntegramente desde el cielo. Como fueron concebidos en épocas en las que todavía no existían las máquinas voladoras, me parece razonable que algunos creyeran en la posible existencia de unas relaciones privilegiadas entre los habitantes de la Tierra y unos supuestos extraterrestres venidos de otras galaxias, seres a los que ya se alude en jeroglíficos egipcios. Ésa es una de las teorías defendidas por el suizo Erich von Daniken en su libro "Chariots of the Gods". Aquí se levantan airadas las es-

padas, entre otras la de nuestro arquitecto, negando tal posibilidad. "Ahora—escribe Tusquets— ya no somos esclavos de la superstición." Y sin más, el arquitecto arrincona el asunto de los extraterrestres, como el de los ovnis, que según él debería estar totalmente superado. ¿Por qué? ¿Por qué si desde niño han tratado de hacerme creer—sin éxito— que Dios ha creado la tierra, el cielo y el mar en siete días, no voy a poder imaginar que me han precedido en el mundo unos seres de inteligencia superior—la nuestra no está para tirar cohetes— que ya eran capaces de interpretar desde las alturas los dibujos de Nazca? ¡Ah, el orgullo del hombre inteligente! Un orgullo creado por nuestra propia impotencia. En este caso, la de aceptar lo que no comprendemos. La impotencia—y la rabia— que provoca la obligación de poner fron-

A TUSQUETS, COMO

a mí, uno de los términos

que más nos gustaría ver

desaparecer del diccionario

es la palabra "prohibir"

teras a nuestra imaginación que siempre habíamos creído libre de todo límite.

El último "algo" de Óscar Tusquets está dedicado a nuestro común amigo Federico Correa, otro arquitecto quien por lo visto le ha ayudado a cuestionarlo todo. ¡Qué suerte tener un amigo así! Los míos, por lo general, tratan de convencerme de muchas cosas que ni mi moral—o, mejor dicho, mi amoralidad— ni mi sentido de la ética y de la estética me han permitido aceptar.

Cierro el libro de Óscar Tusquets afrontando un último dilema: ¿por qué son tan distintas una tanagra ática y una porcelana de Lladró? ¿Por qué la primera me levanta el alma hasta alturas insospechadas y la segunda me hace vomitar? ¿Es finalmente la concepción del Arte lo que nos diferencia a los unos de los otros? Espero, con todas mis fuerzas, que sí. ●